



CONFERENCIA

DICTADA EN EL

LICEO MERCANTIL

POR EL PROFESOR DE ECONOMIA POLITICA

SEÑOR DOCTOR

FRANCISCO DE P. BORDA

1893

BOGOTÁ

Imprenta de Lleras

CONFERENCIA

DICTADA EN EL

LICEO MERCANTIL

POR EL PROFESOR DE ECONOMIA POLITICA,

SR. DR. FRANCISCO DE P. BORDA

Apertura del curso — Historia, utilidad y
objeto de esta ciencia—Sus progresos,
sus escuelas y sus hombres.

1892

BOGOTA

IMPRENTA DE LLERAS

FE DE ERRATAS.

<i>Págs.</i>	<i>Úneas.</i>	
4 ^a	4 ^a	dice: "que rompa ó desvíe los rayos solares"—Léase: que rompa y desvíe del planeta los rayos solares.
8 ^a	4 ^a	dice: "que ala verdad"—Léase: que la verdad.
10 ^a	26 ^a	dice: "de la riqueza nacional; patrocinó"—Léase: de la riqueza nacional, patrocinó, &c.
14 ^a	18 ^a	dice: "vino á justificarlas"—Léase: vino á justificarlos.
14 ^a	29 ^a	dice: "que para vosotros"—Léase: que para nosotros.
19 ^a	3 ^a	dice: "pero es obra de siglos, de muchos siglos"—Léase: pero es obra de siglos, de muchos siglos.
21 ^a	10 ^a	Desde ésta hasta la 15 ^a deben ir entre comillas.
22 ^a	12 ^a	Dice: "hemos de resolvernos"—Léase: si hemos de resolvernos.

CONFERENCIA

LECTURA EN EL

LICEO MERCANTIL.

Apertura del curso de Economía Política.—Historia, utilidad y objeto de esta ciencia.—Sus progresos, sus escuelas y sus hombres.

Al inaugurar hoy con vosotros el curso de Economía Política, séame permitido ante todo presentar á vuestro Director un homenaje de agradecimiento por la muy señalada honra que me ha discernido. La elección de un auditorio tan inteligente es una alta distinción para mí: feliz seré si en la noble tarea de nuestros estudios llego á identificarme con vosotros en ideas y sentimientos. Y os declaro, por respeto á la ciencia y por afectuosísimo interés, exento de aquellas ambiciones propias de una modestia petulante, que, aunque sentado en la silla del profesor, no vengo á enseñaros sino á estudiar con vosotros, porque á medida que avanzo, en esta ó en aquella dirección, hacia la alta cima de los conocimientos humanos, más claramente veo detrás de mí cuán estrecha y corta es la senda recorrida y adelante el horizonte luminoso é infinito de la duda universal, patria futura del pensamiento y la razón que guarda,—quién sabe!—los secretos de la materia y de la vida.

Es también circunstancia feliz la de que, creando esta cátedra, la ciencia tenga un órgano más, porque los tiempos son de lucha y vosotros que estáis destinados á manejar algún día los intereses patrios, debéis saber bien y desde ahora que las leyes que presiden y presidirán siempre la prosperidad ó decadencia de la sociedad de que

El ahorro, el trabajo, la libertad, la producción, el
cambio, la concurrencia, la previsión, la economía, el or-
den, la moralidad, el cálculo, son esas todas del indivi-
duo y no del Estado — 4 —

hacéis parte, se cumplen tan segura é inexorablemente como las de
la naturaleza y que no se falta á ellas sin romper el equilibrio mo-
ral en que reposa la existencia de esa sociedad. Quebrad, si podéis,
inventad un prisma que rompa ó desvíe los rayos solares. La noche
seguirá: una noche profunda, sin auroras futuras.

Estudiar esas leyes en su origen y acción es el objeto de la
Economía Política.

X Los gobiernos miran esta ciencia como sospechosa; otros la
llaman "problemática"; otros la niegan; muchos la calumnian y los
espíritus idealistas aparentan despreciarla, éstos porque no la com-
prenden, aquéllos, porque ella los condena. La Teología, el misticis-
mo, la poesía misma, miran con desvío la ciencia que sólo se ocupa
de los intereses de la tierra. Sobre ella descansa, empero, el bienes-
tar de los hombres. Analizando el pasado, ya veréis cómo domina el
presente y cómo prepara el porvenir. Conservar, mediante el ahorro,
los dones adquiridos por el trabajo; hacer, por la libertad, que ellos
se produzcan en abundancia; enseñar, por el cambio libre y la libre
concurrencia, á distribuirlos con previsión y por la moralidad y el
orden á consumirlos con economía, manteniendo al mismo tiempo
intactas todas las armonías de las mil combinaciones de la industria,
es un fin suficientemente noble para atraer las inteligencias y dar á
su estudio inefables recompensas.

Quando vuestro Director dejó á mi elección el orden de vuestros
estudios en esta materia, pensé que debía proponerme el mismo
plan de los profesores que fueron mis maestros. No podía dudar desde
que entre ellos se leen los nombres de Pradier Fodéré, Baudrillart,
Franck, Albert de Broglie etc. Busqué entre mis extractos de
cuando estudiaba yo en París y he sido bastante afortunado
para hallar principalmente los de las lecciones de mi venerable
y no olvidado profesor Mr. Baudrillart, tan eminente en la ciencia
como en el profesorado. He resuelto, pues, seguir su método y el
orden de sus estudios é ideas en estas conferencias, tratando de
asimilarme todo lo posible en el fondo, aunque no en la forma ni en
su lenguaje, cuya soltura y elegancia ojalá pudiera imitar siquiera

X Unase este concepto a la definición que adelante doy de
Economía Política (Este concepto es sobre el objeto de esta ciencia)
Por tan digno cuando hablé el ilustre D. Miguel Samper

para sorprender y agradar vuestros oídos. Nada mío, pues, tengo que enseñaros, ni podría tenerlo.

Obra de ellos será lo que quede en vuestra mente y será este el mejor homenaje que puedo rendir á su recuerdo.

Mr. Baudrillart se preguntaba un día en una conferencia en el Colegio de Francia: “¿qué es la Economía Política y cuál es su historia?”—Y luégo agregaba: “porque es precisamente al principio de un curso nuevo, cuando es necesario orientarse, cuando se necesita trazar el itinerario del viaje, que son de absoluta necesidad para no extraviarse, las definiciones exactas, las ideas netas y precisas.”—La respuesta á la primera pregunta debía ser objeto de nuestro estudio, mientras él elaboraba la siguiente conferencia.

Desde luégo, ninguno de nosotros fué capaz de dar tal definición. Sabéis por qué? Porque la ciencia económica no ha sido aún definida, ni siquiera clasificada. Unos la colocan entre las ciencias morales, otros entre las naturales, otros, confundiéndola con las finanzas, entre las ciencias políticas.

Adam Smith, su fundador, no la definió; apenas dió sus preceptos.—Juan Bautista Say, que siguió sus huellas, declaró que “el objeto de la Economía Política parece haber quedado restringido al conocimiento de las leyes que presiden la formación, distribución y consumo de las riquezas.” “Sin embargo, dice luégo, esta ciencia se relaciona con todo en la sociedad, abraza el sistema social entero.”—Sismondi no la definió tampoco y señaló su objeto diciendo que “él es el bienestar físico del hombre en tanto que éste pueda ser obra del Gobierno”; palabras que hacen de la ciencia como un ramo de la administración pública. Storch dijo que “la Economía Política es la ciencia de las leyes naturales que determinan la prosperidad de las naciones ó sea su riqueza y civilización”; definición vaga demasiado comprensiva. Rossi se limitó á llamarla: “la ciencia de la riqueza”; Malthus y Ricardo no la definen y aun Mr. John Stuart Mill, talento inmenso y esencialmente analizador, se limitó á decir: “El objeto de la Economía Política es la riqueza.”

“Si formular un pensamiento en una expresión precisa es á veces

X En un discurso ayer en la Cámara confundía D. Lucas Caballero la Economía con las finanzas, la Administración y la Industria y el Comercio, con la ciencia política, morales, bancarias &c. &c. lo cual prueba que debe volver a estudiar la Economía Política. (1923)

muy difícil, la dificultad es mayor cuando se trata de encerrar en una sola fórmula todo un vasto conjunto de ideas y hechos," observa Mr. Chauvelin.

Resolver esta dificultad, sería, sin duda, un adelanto muy útil para la enseñanza; y un estudio más profundo, más íntimo, por decirlo así, de la naturaleza de esta ciencia; dará al fin la fórmula teórica y concreta de la vasta extensión de relaciones que son materia de ella.

En cuanto á su historia, la pregunta del profesor tenía dificultades, pero no insolubles.

Ante todo es preciso distinguir, como él mismo lo decía: una cosa es la historia de la civilización económica y otra la historia de las ideas y doctrinas que forman esta ciencia.

Los sentimientos, las pasiones, las tendencias y necesidades morales de los hombres forman el gran drama de la vida. Causas de grandeza ó decadencia de las naciones, ellas están, sin duda, ligadas estrechamente á su destino. Las manifestaciones y las reivindicaciones de la conciencia y de la libertad tienen una legitimidad que nadie podría disputarles. Aislado el hombre, con sólo su razón por compañera; obligado á formar sistemas de moral sobre sus mismas pasiones y no contando con soluciones seguras y definitivas en el mundo espiritual, esclavo de dudas y con aspiraciones incesantes al infinito; luchando, en fin, entre las permanentes afirmaciones de su dignidad de hombre que rechaza la nada como término de su vida y las constantes negaciones de la muerte y su misterio, justo es que su espíritu se engolfe en especulaciones filosóficas y en labores de un orden puramente moral.

Pero al lado de la vida del espíritu está la vida material. La sociedad tiene sus intereses económicos. Ellos crecen diariamente y están íntimamente ligados á lo que se llama vida moderna, la cual supone un gran cultivo intelectual y aquel bienestar físico que lo facilita y lo hace amable por una mayor disposición á acciones de urbanidad y cortesía. El trabajo es ley ineludible de la naturaleza y la riqueza una necesidad y una recompensa. La propiedad y la familia, que son las dos grandes bases de la sociedad, se atan mutuamente con lazos indisolubles.

Esta vida material que comprende en una de sus más grandes

fases, la industria, el comercio, las finanzas, la organización del trabajo y sus relaciones con el capital, la propiedad mueble y raíz, mil detalles de la vida privada, forma lo que en el seno de la civilización se llama el elemento económico. Su marcha y desarrollo son parte de la historia de la humanidad ; pero no constituyen la historia de la Economía Política. +

La historia de una ciencia es ó debe ser la de sus ideas y doctrinas. “No debe confundirse, decía Mr. Baudrillart, la ciencia con lo que le sirve de materia ó de motivo. No se ha llamado física á las fuerzas del mundo externo, ni moral á las acciones humanas. Se ha distinguido siempre entre el hecho de la atracción, y la teoría de Newton. Distingamos también entre los hechos económicos y la ciencia de Turgot y de Adam Smith.” La Economía Política investiga las causas que, con relación á la riqueza, determinan la prosperidad ó el retroceso de las naciones ó su estado estacionario ; pero su misión principal es descubrir las leyes y principios según los cuales esas causas obran. Del dominio de esta ciencia es la investigación de la condición económica de las naciones en relación con causas morales ó psicológicas que dependen ora de las instituciones, ora de las relaciones sociales ó de las leyes de la naturaleza. Ella estudia y compara los hechos que genera la actividad humana con verdades que tienen su demostración en la naturaleza moral del hombre y deduce un orden de leyes que rigen la producción de las riquezas.

Señalar la aparición de los principios, el descubrimiento de las causas y el modo como éstas y aquéllos obran ó han obrado en el desarrollo de la civilización intelectual en lo que se refiere á la condición económica de las naciones y describir cómo ellas han dirigido ó no el movimiento de la industria humana, nos parece ser el objeto de la historia de la Economía Política.

No quiero decir que la historia de la Economía Política deba limitarse á relatar el movimiento de las ideas sin relación alguna con los hechos económicos, como acaso pudiera creerse. No; los hechos tienen á veces un carácter de generalidad de que no es posible ni sería útil prescindir. Cuántas veces no han modificado ellos doctrinas casi aceptadas ! y cuántas otras no han confirmado doctrinas negadas ó perseguidas !

*Véase lo que hizo Morquero en 1845 p. 413
de la Historia de*

Aun los errores tienen su puesto en la historia. “Hay errores que han tenido tal duración, que han ocupado un lugar tan grande en el mundo, que si me atrevo á decirlo, tienen más derecho á la historia que á la verdad.”—Basta recordaros el nombre de Tolomeo que oscurece los cielos, ó hablaros de la esclavitud que entenebreció la tierra. Pero, para consuelo del hombre y seguridad de su destino, basta recordar á Galileo que aclaró aquéllos y á Lincoln que acabó de purificar la tierra de aquella infame impostura.

Dejemos, pues, que los hechos que forman la vida económica de los pueblos, su industria, su comercio, sus finanzas, vengan á derramar luz sobre las ideas y las doctrinas. Dejemos también que los errores vengan á dar al cuadro su sombra; pero guardémonos bien de confundir el cuadro de la civilización económica con la historia de la Economía Política.

Una vez prevenidos contra este error, causa de gran confusión en los espíritus, debiera detenerme, como lo hizo con nosotros Mr. Baudrillard, á hacer un examen de ciertas opiniones consignadas en obras que han merecido el aplauso público y que llevan por título “Historia de la Economía Política.” Lo impiden, sin embargo, los límites del tiempo de que disponemos. Me limitaré á indicaros las que yo he leído y que son las mismas que nos indicaba y analizaba nuestro profesor, de los bien conocidos autores Blanqui, Boeck, Dureau de la Malle y Cibrario.

Puede decirse que la Economía Política, como ciencia, nació en el siglo pasado. La filosofía y el libre examen la crearon. Fruto de la observación y la experiencia, fué su método el método inductivo.—Adam Smith es su vocero inmortal.

La antigüedad no conoció la Economía Política. Conoció la moneda, algunos elementos del crédito y, con perfección el impuesto; porque la codicia de los Gobiernos todo lo adivina: “el fisco ha dado siempre prueba de un espíritu precoz.”

¿Ni cómo hubiera podido nacer la ciencia del orden de las relaciones del trabajo y del cambio, la ciencia que preside la industria, el comercio y el crédito, en sus infinitas variedades, que emancipa el

En carta al autor dirigida por el sabio expositor D. Miguel Samper, dice que esta es la verdadera definición de la E. P. y que el primero que la ha definido es el autor.

El Estado - U. p. 10. 12. 16. 27.

esfuerzo humano en presencia de la fuerza y de la tiranía, cuando la autoridad absorbía todas las fuerzas vivas de la sociedad, cuando el Estado, asumiendo todos los derechos, desviaba á su arbitraria y despótica voluntad todas las manifestaciones económicas?—¿No era la esclavitud el estado social?—¿Esas frentes, esos pueblos inclinados hacia el suelo y altivos sólo en la carnicería, podían ser los conquistadores de aquel reino intelectual en donde mediante una asidua, serena, permanente y profunda observación de los hechos sociales se realizan las más sutiles investigaciones del ingenio humano?

Sus grandes genios la adivinaron en parte, es verdad, ó mejor dicho, la presintieron en medio de sus errores. Aristóteles definió bien la moneda, pero en cambio desconoció la ley del trabajo libre, proclamó la esclavitud y negó la legitimidad del interés del dinero. Llamó con acierto esta ciencia: "*la ciencia de la riqueza*"; pero su libro, si hemos de apoyarnos en la traducción dudosa de Leonardo Aretin, es una simple enumeración de las expoliaciones que en su tiempo acostumbraban los tiranos, las cuales, bueno es notarlo, no son muy distintas de las que acostumbran ciertos exactores modernos.

Más exacto Platón hace descansar en su *República* el progreso en el interés personal y en la libertad; pero establece la comunidad de bienes en la sociedad y desconoce la fecundidad moral de la familia.

Los romanos, que dejaron á la humanidad el gran legado del derecho civil, no alcanzaron á sospechar siquiera la ciencia de que los griegos dejaron aquellos vagos lineamientos.

La edad media se caracteriza por la fundación de los estados modernos, por los grandes descubrimientos y por los adelantos en la guerra, modificada sustancialmente por la invención de la pólvora; pero ante todo porque el poder de generalizar las ideas pareció, como dice un célebre escritor, haberse entonces retirado á los hombres. Sin embargo, algunos rastros más ó menos luminosos, se encuentran en Felipe de Comines, en Oresme, en Tomás Mocenigo y, más acá, en Maquiavelo, en L'Hôpital y en Bodin para extinguirse luego en medio de las agitaciones políticas del siglo XVII y de un brillo mayor y extraordinario de la metafísica, de la elocuencia y de las letras.

En este siglo XVII la autoridad domina todo. Ningún movi-

miento puede esperarse en el sentido del bienestar general de parte de los pueblos. Todo debe venir de arriba; pero los *grandes* callan, porque temen la publicidad. Ellos sabían, como hoy también lo saben, que el primer beneficio de la publicidad es hacer retroceder las ambiciones culpables.

No obstante, lo que los pueblos no podían hacer lo hicieron al fin los Ministros, obligados por la necesidad de gobernar y conservar el poder y sus gajes. El siglo XVII es el siglo de las finanzas.

Sully, el amigo íntimo y consejero de Enrique IV, el Superintendente de las rentas francesas, aparece. Él cree que el orden en los gastos es todo y que la agricultura es la sola fuente de producción. Con estas ideas no alcanza á fundar un sistema y su nombre apenas queda inscrito en la lista de los hábiles administradores. Perseguió la raza parásita del tesoro público, tan ávida y tan cínica allá como acá, siempre insaciable, siempre enemiga de las causas justas; pero él mismo hizo una gran fortuna. . . . No creo, como otros, que su nombre merezca figurar entre los Economistas si no es por haber comprendido en medio de aquellas tinieblas que la agricultura, entonces tan proscrita, es una de las fuentes de la prosperidad pública.

A Sully sucede Colbert en el orden histórico de la Economía Política, más digno del nombre de economista por haber tenido un sistema, sistema errado, pero al fin sistema. Se ocupó principalmente del comercio y de las manufacturas y sosteniendo que éstos, reglamentados por el Gobierno, eran las verdaderas fuentes de la riqueza nacional; patrocinó ó, según algunos autores, inventó el *sistema mercantil*, llamado por esta razón *Colbertismo*. La reglamentación de todas las industrias, el sistema prohibitivo aplicado al comercio, la intervención de la autoridad como juez y parte en todas las operaciones económicas, la protección de las unas, la prohibición de las otras, la fiscalización en todas, el Estado-socio, el Estado-accionista, el Estado-empresario, el monopolio, el gremio privilegiado, el diezmo fijo é inmutable, el impuesto desigual y arbitrario, el castigo á las innovaciones, aún en la fabricación de una simple tela de seda; la fundación, en

fin, como nos decía Mr. Baudrillart, á quien la memoria y los hechos de Colbert parecían una desgracia histórica, de una especie de ortodoxia destinada á sobrevivirle, con prescripciones severas, dogmas fijos, creyentes entusiastas, y hasta con su inquisición, que no otra cosa eran esas líneas de Aduanas interiores y en los puertos y fronteras con que, á modo de barreras, cubrió la Europa: tal fué el *Colbertismo ó sistema mercantil*.

Doscientos años hace que este sistema apareció y quizá pasarán otros dos siglos antes de que el mal producido por él pierda todas sus raíces. Tal es el poder de los errores cuando los Gobiernos son suficientemente inconsiderados ó atrevidos para darle su apoyo.

La riqueza, decían los partidarios de este sistema, no es otra cosa que el dinero. El dinero dispone del trabajo y de sus frutos. El dinero es el padre de la industria: á él debe su existencia. El dinero es poder, es fuerza, progreso. La Economía Política no debe tener más objeto que hacer que se produzca ó que se adquiera.

Comprar es un mal, vender es un bien. El que vende más y compra menos es el afortunado. El comercio exterior debe, pues, reducirse á la exportación. Sacar de las naciones vecinas todo el numerario que se pueda, sin darlo jamás, es el objeto final. El balance, los saldos en dinero, son el único signo de prosperidad ó retroceso.

De aquí las trabas que los Gobiernos se esfuerzan por poner á todas las industrias, los gravámenes á la importación, aun de las materias primas, y la estúpida prohibición de exportar el numerario. El estado, la autoridad, el Ministro, ya se llame Colbert ó de otro modo, ya sea un genio ó una mediocridad, es el gerente supremo del movimiento económico.

El lógico resultado de semejante sistema fué el abandono de las vías naturales de la industria y la inmediata rivalidad de las naciones, que no pensaron ya sino en dañarse unas á otras, en destruir mutuamente su riqueza, persuadidas de que su grandeza no podía venir sino de la ruina de sus vecinas. La guerra apareció como un beneficio y en la paz surgió una diplomacia astuta y falsa cuyos trabajos se reducían á imponer á los débiles y á los ignorantes unos tratados de comercio sin probidad y faltos de buen sentido. El sistema colonial como mera explotación de los países conquistados; la explotación de tierras y de minas lejanas y la formación de compa-

ñías formidables para esa misma explotación, como la de las Indias orientales, la de Law, los Belzares en Venezuela etc., no tuvieron otro objeto entonces que traer oro y más oro de los cuatro puntos cardinales: *galeones*, como aquellos de España, cuya carga era el sudor, la sangre misma de nuestros infelices aborígenes y en cuya proa se leía *oro, riqueza*, cuando en su popa había escrito la Providencia: *pobreza, decadencia*.

Por sobre este cúmulo de errores, por sobre este Océano agitado y revuelto en donde cada ola abría un abismo, el Estado se cernía ávido y rapaz como ave marina sobre los restos de un naufragio. Él quiso, como aquel Rey de Frijia, que todo se volviera oro y el oro fué su ruina y su martirio. No quiso comprender que la riqueza no es aquello que la representa, que el símbolo no es la realidad como no es la cifra una cantidad. Pero qué importaba esto á los señores: *aurea mediocritas*? Habiendo numerario hay finanzas y las buenas finanzas forman ciertas buenas fortunas. Aquí hallaréis la explicación del entusiasmo y admiración que por este sistema tienen los Gobiernos absolutos.

Don Antonio de Leiva, Don Fernando de Gonzaga, el Duque de Toledo, aquellos "ávidos virreyes inventores de monopolios, no tuvieron otra Economía política," dice Sismondi.

Pero viene el siglo XVIII, siglo formidable. Él lanza á la filosofía el guante de la duda y con sus terribles interrogaciones á la ciencia, á la ley, á los sistemas, á la naturaleza, enfrenta el espíritu humano á todos los abusos y á todas las tiranías. Los Economistas se asocian al movimiento general y proclaman, por su parte, la reforma en el campo de la ciencia. Su jefe, el Doctor Quesnay, publica su obra bajo la inspección misma del Rey de Francia y en su propio palacio, titulada *Le tableau economique*, "fórmula sorprendente, dice Dupont de Némours, que describe el nacimiento, la distribución y reproducción de las riquezas y que sirve para calcular con seguridad, prontitud y precisión el efecto de todas las operaciones relativas á las riquezas." Siguiendo el método de Bacon que consiste en seguir los hechos paso á paso, observando y razonando, demuestra que la

organización de la sociedad depende de leyes que reposan en la naturaleza del hombre y que no otra cosa que el desorden puede resultar de las combinaciones arbitrarias—siempre arbitrarias—de los Gobiernos. Para él el arte en lo que se refiere al desarrollo y conservación de las sociedades no es sino la arbitrariedad, y la única regla que aconseja seguir en la dirección de los negocios públicos es la naturaleza misma de las cosas que, dice, es preciso estudiar siempre y nunca desconocer. Ataca la idea errónea de que es al Estado á quien corresponde organizar el trabajo y la de que es la ley la que debe regir la distribución de las riquezas. Sostiene que la libertad y la concurrencia son las reguladoras supremas y seguras del precio de los productos y de los servicios y, como Gournay antes que él, proclama la célebre máxima: *laissez-faire, laissez passer*. Demuestra que el oro y la plata no son, como moneda, sino signos de la riqueza, medios de cambio, precio de los productos y que no se puede juzgar de la prosperidad de las naciones por la cantidad de numerario que junten en sus arcas los Gobiernos y los ciudadanos. Busca el poder creador de la riqueza y le parece hallarlo en la tierra, para él única fuente de producción. *Libertad, inmunidad y concurrencia* parecen ser el lema definitivo de esta célebre escuela.

Mirabeau, el padre; el abate de Riviere; Dupont de Némours, Turgot y un número inmenso de discípulos, formaron esta secta que, bajo los nombres de "*Economistas, ó Fisiócratas*" ó partidarios del sistema agrícola, combatió y minó por su base el de que os he hablado conocido con el nombre de *sistema mercantil*. Son ellos, los *fisiócratas*, los que más tarde forman el partido brillante que en la revolución francesa y luégo bajo el Consulado y el Imperio, combatiendo el sistema de bloqueo continental, ya bajo la bandera científica de Adam Smith, hacen triunfar las ideas económicas que son como la base de la sociedad moderna.

Grande obra, señores, la de los *Economistas* del siglo pasado! y aunque es cierto que no descubrieron la verdad económica, cuyo advenimiento estaba cercano, estos hombres ilustres merecen el saludo de la posteridad. Soltar las ligaduras de la industria y el comercio; abrir un porvenir al obrero oprimido, cuya fisonomía empañaban aún los sudores infecundos del esclavo; dar al impuesto reglas de equidad y justicia, considerándolo como la cooperación intelligen-

te del ciudadano y no como el tributo vil del vasallaje, es un acto de reivindicación de los derechos del hombre y, como tál, un gran paso hacia la civilización moderna. Pero es preciso reconocer que ellos hicieron más. Analizando de un modo metódico la manera como se produce la riqueza, las condiciones que fecundan el trabajo, la influencia del capital y el carácter esencial de la moneda, dieron por primera vez á la materia económica el carácter de una ciencia señalándole su dominio, su método y sus principios generales. Precursores de Adam Smith, de quien hablaré adelante, echaron como á tientas, á la media luz de temprano despertar, los cimientos del hermoso é imponente edificio que aquel maestro levantó después; pero menos felices que él no pudieron dar á sus ideas ni forma ni triunfo definitivo, porque Turgot, que fué quien llevó al Gobierno la Economía Política, no fué comprendido por los Reyes, en cuyas manos estaba entonces el destino inmediato de los pueblos, ni respetado por esas clases sociales aparceras, enemigas naturales de una ciencia incompatible con ellas; pero la revolución, como lo he dicho, cuyas tremendas palpitaciones se sentían ya en aquellos tiempos, vino á justificarlas.

Os he nombrado á *Turgot*. Permitidme que me detenga delante de este gran nombre. El es uno, quizá el más ilustre de los precursores de la Economía Política. Encarna la escuela de los *economistas*, y aunque era un genio original, aparte por decirlo así, es su jefe en la lucha soberbia del siglo XVIII con los tiempos que iban á desaparecer. Es una de esas figuras proféticas y grandes que en aquella época fecunda presiden el pensamiento humano en su marcha audaz hacia la revolución. "Grande delante de Dios y grande delante de los pueblos" lo llama Mr. Laboulaye, porque sacrificó al interés de éstos su fortuna política á sabiendas de que no tenía su gratitud, y, yo creo, señores, que para vosotros los americanos este género de grandeza, cuyo secreto se ha perdido temprano en nuestra historia debe ser objeto de un culto. . . . culto del recuerdo!

Si no fuera por temor de exceder los límites de esta conferencia, yo entraría—para llamar vuestra inteligencia y vuestro corazón á la imitación de los grandes modelos—á estudiar con vosotros los actos

de este genio singular que á los 22 años de su edad descollaba ya entre aquellos hombres superiores que á la sazón cambiaban la dirección intelectual del mundo. Comenzaría por referiros cómo ese espíritu sincero, cuya voluntad no pudo quebrar el Seminario ni empuqueñecer la Sorbona, abandonó la carrera eclesiástica á la cual lo llamaban mil promesas y en donde lo esperaban las dignidades y la fortuna, porque, como lo decía él á sus amigos que en ella lo retenían, “no podía resolverse á llevar de por vida una máscara.”

Os hablaría de sus dos grandes discursos: uno en que señala por primer origen de la civilización la religión cristiana y en el cual demuestra cómo ésta saca su vida y su fuerza de elementos esenciales á la naturaleza del hombre, de su razón y sentimientos, “satisfaciendo á la vez las más íntimas necesidades del alma y las más altas concepciones del espíritu, y dando á las mudables sociedades un principio soberano é inmutable de conservación;” y otro en el cual introduce en la historia y la legislación un elemento nuevo: la doctrina del progreso, “del desarrollo sucesivo del espíritu humano que encuentra límites en el dominio del arte, pero que en las conquistas de la ciencia es vasto como la creación é infinito como la verdad.” Para él la humanidad, sér agitado sin cesar, perpetuamente móvil y mudable en sus formas exteriores, no cambia jamás en el fondo; pero impulsado por el desarrollo paralelo de sus elementos y recogiendo siempre el legado de las generaciones que se extinguen, camina sin cesar, á veces lenta, á veces violentamente hacia el dominio absoluto de la ciencia, hacia los ideales de la moralidad y hacia la más segura realización final de su destino. Es en este discurso en donde profetiza la emancipación de los Estados Unidos de América.

Yo os diría que sus trabajos históricos y geográficos le dan un puesto eminente en aquellas ciencias. Os diría que, literato de primer orden, fué el digno traductor de varios de los más grandes autores ingleses, alemanes, etc., como Shakespeare, Hume, Klopstock, Gessner, etc.;—metafísico en su célebre polémica con Berkeley sobre la existencia de los cuerpos; filólogo, no menos eminente en su examen del origen de las lenguas cuando refutó su obra á Maupertuis. Pero su figura moral no llega á tomar todas sus proporciones sino cuando los antiguos poderes—monarquía, nobleza, clero, monopolistas, clases privilegiadas etc.—sintiéndose hundir bajo el imperio de

la opinión pública, buscaban su apoyo y salvación en las persecuciones y en la fuerza. El clero pide al Rey que le permita perseguir á los *reformados* y niega á los jansenistas los sacramentos. El edicto de Nantes iba á revivir..

Turgot, Consejero entonces en el Parlamento, protesta contra esta especie de resurrección de antiguos crímenes, hace la más brillante defensa de la libertad religiosa y la pide para todos los cultos. Él demuestra que esa libertad religiosa fué la doctrina cristiana en los primeros siglos de su éra y que, como lo decía Fenelón, ningún poder humano puede forzar el reducto impenetrable de la conciencia y que cuando el poder público se mezcla en la Religión, lejos de protegerla, la hace esclava suya." El Rey se convence y nadie es perseguido.

Estos triunfos de la opinión pública y del buen sentido eran en aquel tiempo pasos gigantescos de la sociedad nueva que iba á aparecer. Todo caía alrededor de un Gobierno débil é inmóvil, sostenido apenas por clases aparceras que no creían sino en la fuerza para sostener sus privilegios y como elemento de Gobierno, y que andaban de prisa en la culpable elaboración de su fortuna, como todos aquellos que no tienen conciencia de su derecho. La nueva sociedad proclamaba la soberanía del espíritu y del buen sentido en contra del principio de autoridad en cuyo nombre se ha detenido la civilización, proscribiendo la razón, confiscando, por decirlo así, la inteligencia y haciendo de la verdad un secreto ó un monopolio para los maestros ó para los Gobiernos. Sintiendo ella en su seno todos los genésicos ardores del pensamiento y la razón en progreso, el libre examen de las ideas, de las doctrinas y de los hechos, aparecía como una necesidad imperiosa. ¿Qué podía hacer la vieja sociedad con sus viejas instituciones, con sus vicios, con su régimen de monopolios, con sus audaces negaciones del derecho, en presencia de aquella formidable revolución moral cuyas interrogaciones tenían el acento de Dios el día del primer fratricidio?

Turgot en *El Conciliador* y luégo en la gran tribuna de la *Enciclopedia*—aquella especie de *máquina infernal* con la cual se bombardeó al mundo antiguo—hablando de derecho, de conciencia libre, de libertad de cultos, de alivio para los pueblos, tiene en la historia el aire, la fisonomía de los Profetas cristianos á cuyas predicaciones

contestó, si se me permite hablar así, el mutismo de muchos siglos. Empero, los tiempos eran distintos, eran de prisa, y la hora de las reivindicaciones económicas, como la de las políticas, no estaba distante. “Los tiempos se regeneran, decía entonces Mirabeau desde su prisión, y ya hoy es permitida la ambición.”

Turgot era, ante todo, economista. Las doctrinas que él sustentó en el Gobierno y fuera de él son las mismas de cuya historia vengo ocupándome.

Ya, en 1742, cuando apenas contaba 22 años de edad, y 34 antes de que su escuela alcanzara todo su esplendor, es decir, antes de que los Gobiernos comenzaran á perseguirla,—época en la cual las doctrinas crecen, se depuran y adquieren el mayor número de partidarios,—Turgot había escrito una carta sobre el papel-monedá—esta plaga que los malos Gobiernos sueltan sobre los pueblos inertes, impotentes ó cansados—en la cual, adelantándose á la ciencia que pronto iba á proclamar Quesnay, desarrolla los verdaderos principios del crédito, sus ventajas, su objeto,—que no es crear capitales ó valores sino facilitar las operaciones del comercio y de la industria—y demuestra que ese papel jamás suple la falta de la moneda y que no tiene otro valor que aquel representado por la que con él se puede adquirir. Imaginad un Gobierno que decretara que todos los niños en la cuna tuviesen cien años. Pues ese decreto sería igual al que, por medio del curso forzoso, declara que un papel con el cual no se puede adquirir moneda alguna, vale, por ejemplo, cien pesos. Es cierto que ese papel contiene una promesa; pero promesa sometida á todas las vicisitudes de un Gobierno que precisamente por esa clase de *promesas*, que no son sino el paliativo de un acto de violencia, está constantemente amenazado por sus víctimas y á las veleidades de nuevas emisiones que no tienen más dique que la voluntad de personas que con ellas se enriquecen y que, en consecuencia, creen que el papel-monedá es como aquella barca que llevaba á César y su fortuna.

“No se puede tomar como medida común de los valores lo que

no tiene valor alguno,” decía Turgot. Pero los Gobiernos se empeñan en sostener lo contrario, como si el hecho mismo de que no es sino cuando ya han agotado todos sus recursos cuando apelan á dar valor aparente á un papel que no tiene ninguno, no comprobara la inflexible máxima del grande economista. El valor de un billete no nace de un acto político, de una ley, de un decreto, sino de la naturaleza misma de la promesa que representa. Y la prueba de lo que vale el papel-moneda con respecto á la moneda de valor intrínseco, está en el hecho constante de que ésta última huye del papel á medida que éste aparece y en el de que los objetos de consumo que no pueden huír no se cambian por él sino á precios fabulosos.

La alteración del valor de la moneda que fué regalía de los ávidos Emperadores de Roma y de los señores feudales, ha hallado su forma en la vida moderna: esa forma es el papel-moneda. Hoy, en un solo día, puede un Gobierno apoderarse de la fortuna de los ciudadanos ó hacer que ésta pase de manos de los acreedores á los deudores, con solo un decreto que altere el valor del papel-moneda. Por el solo hecho de emitir una suma, el Gobierno toma su equivalente exacto de la fortuna pública y deprecia el valor de los documentos que representan los capitales confiados al crédito: las deudas quedan abolidas parcial ó totalmente, según el caso. La confianza desaparece, el campo de la industria es como una mesa de juego, los negocios terminan.

La ciencia, la probidad y el honor condenan el papel-moneda, la industria y el comercio lo temen, y los ciudadanos son sus víctimas. ¡ Los Gobiernos lo absuelven! Lucha eterna y solemne del derecho! Pero la Historia está ahí para decidirla: ella dice que el papel-moneda ha sido el azote de los pueblos y el arma de los déspotas, y donde no ha alcanzado á tanto, él ha sido siempre una desgracia.

De “ganzúa oficial” lo califica un distinguido economista, y Mirabeau como “orgía del despotismo en delirio.” El más grande entre los pensadores de este siglo, aquel á quien los liberales de este país podríamos reconocer por jefe de nuestra escuela, llama el papel-moneda de curso forzoso: “plan gigantesco de confiscación, crimen político deliberado que crece á medida que obra, grande acto de pillería nacional, fraude, sofisma, mentira, saqueo público, bellaquería de sus partidarios.” Yo os aseguro que si después de algunos años de este

régimen de papel de curso forzoso, se pagara cien veces el valor de cada billete, se repararía en parte la pérdida de las fortunas privadas; pero es obra de siglos, de muchos siglos la reparación de lo perdido en crédito, en moralidad y en todo aquello que arrastran consigo las perturbaciones fundamentales de la sociedad.

Turgot no ponía, como se dice y como lo hacen las escuelas conservadoras, la edad de oro en la cuna del mundo. Pensaba, como dice Saint Simon, que ella estaba adelante y no detrás de nosotros. En filosofía política ocupaba puesto de vanguardia, quizá el primero, entre sus contemporáneos. Hay dos ideas, dice un historiador, "que lo separan del mundo antiguo y hacen de él un contemporáneo: la idea del progreso y la de la libertad religiosa." Condorcet, Benjamín Constant no son sino sus continuadores. En Economía política sigue las mismas doctrinas é ideas de libertad y progreso. Su fe en la eficacia del interés individual y de la libertad del trabajo en todas sus formas, llámese éste comercio, industria, usura, trabajo subsidiario etc., es absoluta. Discípulo de Quesnay, amigo de Gournay, el Intendente del comercio en Francia, á quien acompaña en sus visitas oficiales á los Departamentos,—visitas en las cuales, al contemplar de cerca los desastrosos efectos de los monopolios, adquirió como convicciones definitivas, dice su biógrafo, la excelencia de los principios de libertad, libre concurrencia de los intereses, y libre examen en las ideas. Turgot acepta y preconiza la máxima: *laissez faire, laissez passer, ne gouvernez pas trop.*

No es él autor de esta máxima. Quien la introdujo en el programa de la escuela fisiocrática fué Gournay; pero, según lo refiere Laboulaye, antes que á él, es preciso citar á un venerable comerciante, Mr. Legendre, á quien Colbert, angustiado por las contradicciones de su sistema proteccionista y reglamentario, preguntó: *¿Que faut-il-faire?*—Señor Ministro, contestó aquel hombre experimentado: *laissez-nous faire, laissez passer.*

Pero, antes que Legendre, el mismo Quesnay había dado al Delfín, hijo de Luis XV, una respuesta semejante que no debe olvidarse y que probablemente inspiró la de Legendre. "¿Aparte del

sostenimiento de la independencia nacional, de la paz y la justicia, qué debe hacer un buen Gobierno? preguntó el príncipe.—“*Nada,*” contestó Quesnay.

Cuando murió Gournay, Turgot hizo un brillante elogio fúnebre de este insigne *economista* y formuló en él el programa de esta escuela. Este programa puede resumirse en una palabra: libertad.

Libertad para la agricultura. Si queréis, decían, tener granos en tiempo de escasez, abrid las puertas á la exportación, porque en los años de abundancia se producirá más de lo que se necesita en los años de escasez. Si el trabajo es libre, fácil es comprender que la abundancia estará en razón directa del aumento de mercados.

Libertad para la industria. El monopolio es una injusticia. Contrariando el interés general, paraliza necesariamente la actividad de los individuos, impide la concurrencia en el mercado y hace inútil la producción.

Libertad para el comercio. La oferta y la demanda, el libre cambio de los productos, la mutua cooperación de las industrias de todas las naciones, son los reguladores de los precios. La equidad, la concurrencia y el interés particular impedirán que se rompa el equilibrio de ellos.

Libertad para el capital, ó sea libre estipulación del interés del dinero. El dinero es una mercancía que se vende ó se alquila, y así como la ley no puede ni debe fijar el precio de las demás mercancías, tampoco debe fijar el precio del dinero. Este precio es su interés, más ó menos alto según su escasez ó abundancia. La ley que limita el interés del dinero es una ley contra aquellos á quienes pretende favorecer y su primer resultado es hacer subir el interés que trata de bajar, por el riesgo mismo de la pena. Sólo el que pide dinero á interés sabe lo que por él debe pagar, porque es él y no la ley, el juez único de sus propias conveniencias. El calificativo de *alto* ó *bajo* que se da al interés debe ser con relación á la industria ó negocio que él va á facilitar. Hay veces que todo interés, aun el de 100 °/o es *bajo* porque hay negocios que dan de utilidad 200 °/o. Hay otras en que todo interés es *alto*, porque hay negocios que dan pérdida. Es, pues, el negocio que se tiene en mira el término de relación para saber si es alto ó es bajo un interés cualquiera.

Además, si se limita el *máximum*, por qué no se limita el *mí-*

nimum? ¿ó es que la ley debe proteger al prestamista y no al capitalista? Y si ese prestamista, hoy protegido, llega á ser capitalista, incurre por lo mismo, si alquila su dinero, en las penas que antes lo protegían?

Preguntaré: ¿cuál es el *máximum* y cuál el *mínimum* del interés del dinero? En los Estados Unidos, por ejemplo, como en todos los países en donde la especulación es muy activa, el interés diario oscila entre 3 y 7 %^o, y bien sabéis que no puede decirse que el comercio y la industria en aquel país *giman bajo el peso de la usura*.

La necesidad del préstamo á interés para el comercio y por consiguiente para la sociedad civil, está probada efectivamente por la tolerancia con que se ha tenido que mirar esta especie de negociaciones á pesar de todo el rigor de las preocupaciones de los teólogos y jurisconsultos; y es, además, una cosa evidente por sí misma. Cuando se recuerda que Bruto prestó dinero en Chipre al 48 %^o y que reputó aquello como un beneficio y que en efecto lo fué, es fácil explicarse por simple buen sentido cómo la tolerancia de que habla Turgot no era otra cosa que el interés individual ó social triunfando de las preocupaciones é ignorancia, madre ésta última, y madre fecunda—la más fecunda de todas las madres—de las leyes que limitan el interés del dinero.

En mi opinión, las preocupaciones contra el interés del dinero tienen su fuente en dos sentimientos contrarios: uno de caridad y otro de odio ó de rencor (ó mejor dicho, de ingratitud, pasión baja que encierra en sus negras profundidades todo lo que haya de malo en el carácter del hombre). De caridad cuando se ha creído ver un mal para los que lo pagan, no estando ese mal sino en el error de cálculo que comete la persona que toma dinero á interés sin tener para éste un empleo más lucrativo. De rencor, porque, como dice Bentham: “los niños que se han comido su torta son enemigos naturales de los que la conservan,” y cuando se hace el pago, “el bienhechor parece haber cambiado de naturaleza: ya no es sino un tirano y opresor, porque es una opresión el reclamar su dinero, al paso que es muy natural el no pagar lo que se debe.”

El fundamento que, para condenar los préstamos á interés, se ha creído hallar en la Escritura, en un pasaje del Evangelio de San Lucas que dice: “Amad á vuestros enemigos, hacéd bien y dad

prestado sin esperar por eso nada," palabras que se refieren á actos de pura caridad y que en el orden de ésta son un precepto elemental de moral y aun de honor, nos parece tan falto de solidez, en su clase, como en la suya nos parece el que se ha hallado en aquel error de Aristóteles formulado en esta proposición: *el dinero es estéril por su naturaleza*. Lo mismo podría decirse de una casa cerrada ó de un buey cuando no está arando; pero abrid la casa y os dará su alquiler, poned el buey al surco y, si sabéis sembrar, tendréis cosecha. Por otro lado, si hemos de confundir los preceptos de la caridad con las máximas de la ciencia, si hemos de seguir á San Lucas en materia de comercio é industria, cosas de las cuales no se ocupó el Evangelista, hemos de resolernos á prestar servicios de balde, sea! venga el coche, venga el ferrocarril, venga el vapor, vengan el hotel y los proveedores, sea en fin el mundo un falansterio y no hablemos más de Economía Política. Temo solamente que la próxima generación que, por lo visto, no vivirá de caridad, se vea obligada á recomenzar por donde nosotros acabamos y á reír un poco de sus cándidos abuelos. Por fortuna los capitalistas seguirán prestando á interés y los pobres pagándolo. Esto es lo que á la industria conviene, sean cuales fueren las declamaciones de ciertos filántropos. No sé quién—me parece que Mr. Thiers—ha comparado los capitales á esos grandes y amenazadores trozos de hielo que quedan, después del invierno, en la cima de las montañas. Cuando el sol viene y la tierra se fecunda con sus rayos, aquel hielo descende á los valles como riego, y la producción, que es bienestar y alegría, hace comprender que lo que antes se miraba como una amenaza era una protección.

A pesar de todo esto y de muchas otras razones que omito, los teólogos, los predicadores religiosos y aun la misma Iglesia han condenado la *usura* y es éste uno de tantos errores con que el derecho canónico ha infestado la legislación civil. ¿Qué es la *usura*? volveré á preguntar. Si ella consistiera en aquella opresión inhumana que aprovecha la necesidad ó la desgracia de los hombres para aumentar las ganancias, todos quizá estaríamos de acuerdo para condenarla como una acción cruel é inmoral. Este acuerdo sería una obra de justicia y nuestra alta improbación sería el grito noble de la caridad indignada. Tampoco puedo negar que hay hombres para quienes es

grato el dolor ajeno y que cuentan entre sus *ganancias* la amargura que han logrado hacer penetrar en el alma de los que odian. "No hay para mí un placer mayor, me decía no hace mucho el Gerente de ~~un Banco~~, que el de ver á un hombre lleno de angustia y afán, pidiendo dinero por ~~alguna~~ y decirle cuando viene á solicitarlo: ~~no hay~~." Pero este es un mal que reside en el fondo de ciertas naturalezas depravadas y contra él nada puede hacer la ley positiva. Ahora, si de lo que se trata es de una intrusión de la ley en las operaciones de la industria, de una reglamentación más ó menos arbitraria de los intereses individuales, de una protección, en fin, la rechazamos en nombre de la legión numerosa de ciudadanos que, amigos de la libertad porque tienen confianza en sí mismos, no piensan que la sociedad deba volver á las tiendas patriarcales. Leyes y Gobiernos paternales son para pueblos infantiles.

Lo que en mi sentir engrandece más la memoria de Turgot es que, para honra y gloria de la ciencia, cuando él llegó al poder, hizo de sus doctrinas económicas el programa de su gobierno, programa en cuya defensa aceptó el ser sacrificado. Esta lógica de la probidad es rara, señores; tanto más cuanto que el precio de las convicciones suele ser muy elevado por los partidos políticos. Digo *elevado* como un término de relación; porque en la escala de la inmoralidad la traición ocupa la base. La posteridad reconoce que, si es verdad que la probidad científica y moral de este grande hombre no habría podido contener la revolución de que era actor involuntario y que en la historia fué la solución de males profundos que tenían su raíz en todas las capas sociales, también lo es que su obra una vez concluída habría quitado la mitad, por lo menos, de su intensidad á aquel formidable sacudimiento de los hombres y las ideas oprimidas. Hoy mismo, el programa que Turgot presentó al Rey de Francia cuando lo llamó al Ministerio, honraría á la mayor parte de los Gobiernos que todavía, después de cien años, no saben de la teoría del impuesto, por ejemplo, sino que es muy cómodo para ellos aumentarlo, y que se llaman civilizados, cristianos y republicanos al mismo tiempo que bajo el nombre de *corvée* en unos, de trabajo subsidiario en otros

Lo borrado: "El Gerente de un Banco — lleno de necesidades y de acreedores y perseguido por ellos y decirle cuando viene a solicitar dinero: no hay!"

Recuerdo de Turgot.

(como el nuestro) confiscan el trabajo de las clases pobres é indefensas en provecho de las ricas, apoderadas de la fuerza social.

¿No habéis visto vosotros mismos en vuestras respectivas provincias cómo el señor Alcalde obliga á los jornaleros, y sólo á los jornaleros, en nombre de la ley, á componer caminos para el tránsito de los ricos y para la exclusiva utilidad de sus industrias, y á decorar las poblaciones, ó á enterrar los muertos ó á conducir virolientos etc. por un salario que ellos no señalan ni estipulan y que, por añadidura, es inferior al que pueden obtener en otras partes de la misma provincia? Resto feudal de la Colonia, vasallaje humillante detrás del cual vive agazapada la vieja infanda esclavitud con todo su poder de esterilización, yo espero—y á Dios daré gracias si mi palabra alcanza á sembrar en vuestros corazones este germen de redención—que algún día honraréis mi nombre asociándolo á vuestro grito de protesta contra esta infame expoliación del desvalido.

Y no os desalentéis delante de estas nobles empresas que bastardos intereses contrarían siempre. Cuando Turgot — cuyo ejemplo no me cansaré de presentaros — subió al Ministerio francés, encontró: “el poder entregado al capricho de una favorita, á la incapacidad y corrupción de Ministros de alcoba; el alto clero sin genio ni autoridad en la cátedra cristiana, ambicioso en sus pretensiones, escandaloso en sus costumbres, intolerante en sus opiniones; la nobleza cegada por sus preocupaciones é intratable sobre sus privilegios; los parlamentos, en otro tiempo órganos venerados de la ley contra la arbitrariedad, convertidos en defensores implacables de todos los abusos; los financistas especulando con el hambre de los pueblos y con su miseria causada por la voracidad fiscal; el Tesoro recurriendo en su desastre á expedientes ruinosos (como el papelmoneda, los empréstitos, los monopolios de artículos de primera necesidad) ó á absurdas combinaciones de crédito público; la venalidad invadiendo más y más todos los días las oficinas públicas y los grados del ejército; en fin, todos los servicios públicos en un deplorable estado de trastorno y abandono, no eran sino rasgos de ese cuadro, cuyo aspecto siniestro hizo decir al viejo Rey moribundo: ‘después de mí el diluvio.’ Sobre el pueblo, únicamente sobre el pueblo que, según la palabra de un antiguo administrador, no era sino una esponja buena para esprimirse, recaían los abusos que sus-

tentaban las clases privilegiadas. El espíritu de reglamentación, implantado por Colbert, defendido por la ignorancia y el interés particular y de clase, infestaba todos los modos de la actividad y de la industria. En una palabra, todas las leyes de las cuales la Economía Política hace depender la prosperidad de las naciones, eran violadas en aquella época.”

Este Ministro, decía Voltaire, hará tantos bienes que acabará por tener á todo el mundo contra él. Y no se engañó..... todos los intereses heridos; la nobleza, el clero, los magistrados, los financieros, los aristócratas, se reunieron y confabularon para tramar su caída. Fué aquello una guerra de injurias, de intrigas, de folletos y pasquines..... Se acusó en pleno Parlamento la “secta de los economistas” como “secta subversiva” y dos meses después la Corte pidió angustiadamente al Rey que “pusiera límite á aquellos desbordes económicos.”.....

El Ministro cayó y á poco tiempo sólo quedó su memoria á la posteridad. Pero ésta lo vió reaparecer como jefe invisible é invencible del partido imponente y atrevido que en medio del drama más sangriento de la historia hizo triunfar las leyes económicas que sirven hoy de base al progreso de todas las sociedades.

El destino humano tiene leyes inviolables de solidaridad. Por una de esas misteriosas compensaciones de la historia de la civilización, tan profundas como sorprendentes, dentro del año en que caía Turgot apareció la obra inmortal de Adam Smith que no estaba al alcance de tiranos.

Os dije antes que el advenimiento de la verdad económica se aproximaba. Quiso esto decir que Adam Smith iba á aparecer. Conservad, señores, conservad en la memoria este nombre, nombre inmortal como su obra en el mundo de la ciencia. Él creó la Economía Política. La fecha de su libro — 1776 — es como la aurora de un día que ha de durar muchos siglos.

Cuando Quesnay en un palacio de reyes, rodeado de brillante Corte intelectual, extraía, por decirlo así, de las tinieblas el informe embrión de la Economía Política, Adam Smith en una bohordilla de

Glasgow, en medio del pueblo más sesudo de la tierra, con la calma de una razón superior y con un buen sentido incomparable, traza el cuadro de los intereses humanos y da á la ciencia el carácter de una certidumbre. En él la profundidad del análisis se confunde con la exactitud del cálculo en argumentaciones cerradas é irresistibles cuando examina la división del trabajo, el precio de las cosas, el poder del ahorro, la acción de los capitales, del crédito, de los bancos, del impuesto etc.

Ante todo, él da á la ciencia un carácter general. Este carácter de la Economía Política era local, restringido á las fronteras de cada pueblo, que se juzgaba enemigo de los demás. Como ella no trata sino de leyes y causas generales y permanentes, su acción se extiende al mundo entero. Trabajo y riqueza son los dos polos de la esfera de la actividad humana. Esta esfera tiene líneas curvas internas y convergentes, como de forma elipsoidal, cuyo punto final de concentración y fecundación es el principio, ó mejor dicho, la ley natural y moral de la sociabilidad.

Los *fisiócratas* creyeron que la fuente de la riqueza era la agricultura; el *Colbertismo* la vió ó creyó verla en el comercio y las manufacturas. Éstos querían la reglamentación para la industria, aquéllos la libertad. Ambos siguen en la investigación el método deductivo, sentando teorías para luégo acomodar á ellas los hechos, y pierden el camino hacia la verdad, como sucede siempre en la aplicación exclusiva de los métodos *a priori*. Adam Smith, por el contrario, sigue en su investigación el método inductivo y es de la observación de los hechos de donde deduce sus teorías; de manera que en su análisis no es posible el error sino en el caso de que los hechos sean falsos ó de una lógica deficiente. Como, aparte de los dones gratuitos de la naturaleza—el aire, la luz, las aguas etc.—no hay bienes ó riquezas que no sean resultado del esfuerzo del hombre, él no ve en la agricultura ni en el comercio, que son á su vez medios, combinaciones y resultados de ese esfuerzo, la fuente de la riqueza, sino en el trabajo—en el trabajo libre—primer agente, único creador de ella.

El comercio, la agricultura, las manufacturas, el cambio, son elementos mixtos que el hombre combina y transforma para la elaboración de sus riquezas, bajo la dirección suprema de su intelligen-

cia. El trabajo es un elemento simple, que no se combina con otro, elemento primero, anterior á todos los demás, que obra como ley y sin el cual el mundo quedaría inmóvil. El trabajo en sí, ó sea el ejercicio de las facultades, ocupa en el orden de la actividad humana un puesto semejante al de la idea en el orden intelectual; *laboremus* es una como invitación común á las ideas y á las facultades físicas del hombre á desarrollarse en el campo del comercio y de la industria.

A los ojos de Adam Smith para que el trabajo produzca la riqueza nacional, necesita de otros dos elementos: la *tierra* y el *capital*. Es claro. Es el planeta el campo que el trabajo debe fecundar, y el capital, que son los bienes que, por su utilidad, están yá apropiados, es el instrumento para una producción más abundante que la de las solas manos del hombre.

Pero Adam Smith no entiende por capital solamente el oro y la plata, sino "todas las riquezas producidas por el trabajo del hombre y destinadas por sus dueños á hacer ejecutar otro trabajo mediante un beneficio," ó empleadas en aumentar el bienestar físico y moral del hombre.

La oferta y la demanda son, según Smith, la expresión segura de las conveniencias, porque ellas se rigen por el interés individual, regulador único del movimiento económico de las sociedades. *Libertad y concurrencia libre y universal* son sus dogmas.

En cuanto á las clases productoras él las dignifica igualándolas bajo el nivel de la inteligencia, de la moralidad y del trabajo. "Las convida á todas, dice Monjean, bajo el imperio de la ley del trabajo, á la explotación del mundo material, al enriquecimiento de los individuos y de las naciones, á la fusión de los intereses, y, sometién-dolas á unas mismas obligaciones hacia el Estado, reivindica para ellas la libertad de elección de su trabajo en el movimiento de los capitales y en la circulación de los productos." "Una sola cosa le inspira una indignación que no puede reprimir: el espíritu de monopolio." "Es así, dice, como los rapaces artificios de traficantes subalternos se erigen en máximas de política en el gobierno de un grande imperio."

Pero él mismo cree que ni la baja rapacidad ni el genio del monopolio de los especuladores son ni serán los señores del mundo.

Se objeta á la obra de Smith el ser demasiado abstracta, escasa de método y que no se remonta á las fuentes de la justicia. Es posible que así sea; pero sus doctrinas han fundado la política comercial de su patria, que es el Imperio más grande de la tierra.

Visitando J. B. Say la bohardilla donde escribió Smith é invitado á sentarse en la silla misma que él usó, conservada allí por 50 años, dijo: “Confieso que no puedo sentarme en ella sin grande emoción mezclada de respeto. Tengo la íntima persuasión de que las sanas ideas de Economía Política cambiarán la faz del mundo: ¿puede, acaso, contemplarse con sangre fría la primera fuente de un gran río?”

“Es á él, dice Sismondi, á quien debemos hasta el descubrimiento de verdades que á él mismo le fueron desconocidas.” Hume asocia su nombre al de Grocio en Derecho de gentes y al de Montesquieu en la Ciencia política. Su biógrafo observa: que sentó la Economía Política sobre una base que los progresos del espíritu humano podrán agrandar, pero jamás desalojar.

Por fortuna para el mundo científico y para el bienestar de las sociedades, el siglo XIX encuentra á J. B. Say con el libro de Smith en las manos. “Clavière, dice Mr. Olement, poseía un ejemplar de la *Riqueza de las naciones* que no había sido aún traducido en Francia. Por consejo de él, Say leyó aquel libro y su vocación le fué revelada: era economista. Fué así como se identificó con aquella ciencia, de la cual debía ser (como Smith) uno de sus fundadores y su más ilustre propagador.”

En efecto: J. B. Say interpreta á Smith y es su continuador. A él se debe el progreso de la Economía Política en este siglo. Ordena, aclara, explica las ideas de su maestro y lo adelanta principalmente en lo relativo á la producción comercial, tan mal comprendida en otro tiempo, y á la serie de fenómenos que abraza la distribución de las riquezas. Su célebre teoría de las salidas ó *debouchées* para el comercio, que demuestra cómo es solidaria la grandeza de las naciones, es hoy la base principal de la paz entre ellas y garantía permanente de su seguridad. Asimismo, la teoría que á él pertenece

también de que hay *productos inmateriales* que aumentan la utilidad de las cosas y son en sí mismos una utilidad, extendió de un modo sorprendente el campo de la especulación y la riqueza, así como el de la ciencia. Otro tanto sucedió con la de que el progreso industrial consiste en el aumento de fuerzas ó agentes naturales en la obra de la producción, idea fecunda que agranda singularmente los límites del poder del hombre y los de sus esperanzas.

J. B. Say universaliza, como Smith, la influencia de la Economía Política. Para él el mundo es un taller en el cual son obreros todos los hombres; taller en donde se elaboran los agentes materiales y se combinan los inmateriales con el concurso de la naturaleza y de la inteligencia humana y bajo leyes de solidaridad y fraternidad que unen providencialmente á los hombres. De esta manera, el sello de las teorías de este ingenio tan luminoso como exacto se distingue hoy en el movimiento general del mundo.

Uniendo los principios de Adam Smith á las teorías fisiocráticas en lo que ellas tienen de aceptable, el libro de J. B. Say, con sus nuevas teorías y sus nuevos desarrollos, ha venido á ser en el siglo XIX el punto de partida de la Economía Política.

No quiere esto decir que otros economistas ilustres no merezcan la atención y el respeto de los hombres estudiosos. Bastará recorrer la *Colección de los grandes economistas*, de que fué editor Mr. Guillaumin, para darse cuenta de sus grandes trabajos y de cómo han influido ellos en el mundo económico.

Cada una de las grandes cuestiones de esta ciencia está adherida á un gran nombre: "la reforma del impuesto se llamará Vau-
ban; la cuestión agrícola, Quesnay; la controversia del comercio del trigo, Galiani y Morellet; el trabajo libre y de las corporaciones, Turgot (como la legitimidad del interés del dinero); el trabajo dividido y las condiciones generales de su poder productivo, Adam Smith; la población, Malthus; la renta territorial, Ricardo; la controversia de las máquinas, Sismondi; la libertad del comercio exterior, Say." Desde Law por su libro, no por sus actos, hasta el actual Leroy Beaulieu, podéis pasar vuestra mirada, seguramente á cada

paso sorprendida, si por las regiones del gobierno, por los nombres de Turgot, Vauban, Necker, Huskisson, Peel, Cobden etc., y si por las más modestas, pero más serenas y límpidas de los estudios, desde Bois-Guillebert hasta Bastiat, por nombres tan ilustres como los Lock, Saint Simon, Saint Pierre, Beccaria, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Hume, Sismondi, Storch, Tracy, Rossi, Mac-Culloch, Blanqui, Miguel Chevalier, Colmeiro, Dunoyer, Garnier, Ott y, por último, el del hombre que á veces me ha parecido ocupar la cima del espíritu humano, John Stuart Mill.

La utilidad de la Economía Política ha sido negada por aquellos á quienes ella condena. "Ciencia problemática" la han llamado los que proclaman "que la verdad no se encuentra en la marcha rectilínea, porque, á su juicio, ella reside en el punto de intersección de influencias distintas de que no debe prescindirse nunca." Pero se observa que los que así piensan, ó dicen que piensan, han sido los jefes de aquellas evoluciones corruptoras y atrevidas en que "los apetitos, como ellos mismos lo reconocen, han tomado, á toda vela, la delantera sobre los sentimientos." Son ellos también, y esto es característico, los que han calificado de "supuesta" la inflexibilidad de la lógica. Viene esta jactancia de aquel error tan común que hace confundir lo accidental con lo permanente. Rosas, por ejemplo, el espantoso Dictador de Buenos Aires, que no creía en lo *rectilíneo*, renovaba cada cinco años su poder y decía que en cada una de esas ocasiones que le proporcionaba el servilismo, "asumía la suma del poder público." Llegó, sin embargo, el día en que ese poder público salió de donde verdaderamente estaba y acabó con su obra. *y con el mismo*

La historia general y la historia de la Economía Política son dos ciencias unidas por las grandes leyes que presiden el desarrollo universal. Hay en lo físico como en lo moral un encadenamiento inexorable. La cadena moral comienza en la fuente primitiva de lo justo y termina en la incontestable realidad de las responsabilidades humanas. Acción y reacción: esa es la ley. Creen algunos por esto que la Economía Política invade el campo de otras ciencias; que no

esto lo decía el hombre que buscaba el apoyo del conservatismo para realizar su traicionera combinación. Xunã

se concentra en el examen de los hechos que le son propios. Pero ¿cómo podría ella prescindir, por ejemplo, del estudio de la influencia de la política, de la legislación, de la moralidad de las costumbres, en la producción de la riqueza? La ley histórica de un progreso indefinido que acabó con la esclavitud, no podría explicarse sin la ley económica que condena á perecer las sociedades que permiten la explotación del hombre por el hombre. La ley del trabajo libre — más fecundo mientras más libre, — según la Economía Política, explica por qué Rusia, en medio de sus horrores despóticos, se vió obligada, sin que la fuerza interviniera, á libertar al siervo. Es á la doble luz de la historia humana y de la de las doctrinas de la Economía Política como pueden estudiarse á fondo las luchas de esta ciencia contra el antiguo régimen; los tratados comerciales que en los tiempos actuales han unificado el movimiento de los productos de la industria y puesto en armonía el interés de todos los pueblos; la estadística, que sirve de base á la administración pública; la unidad monetaria; el régimen postal etc. No puede, pues, prescindirse del estudio de la una sin limitar el estudio de la otra. Ninguna ciencia, siquiera sean las matemáticas, puede señalar los límites precisos, absolutos, de su dominio.

Escuela de administradores y de hombres de Estado, la Economía Política por sus análisis, por el estudio de los tiempos y de las sociedades, es una ciencia viva, llena de eficacia y de utilidad para todos los espíritus que buscan la verdad y el bien. Ella destruyó, como lo he dicho, y destruirá siempre, esa serie de sistemas artificiales con los cuales se ha pretendido dirigir la industria y ha enseñado á los pueblos y á los gobiernos el camino más corto para llegar á la riqueza, que no es otro que dejar cumplir el orden natural de las cosas. Ella se ha colocado como intermediaria entre los gobiernos que quieren la reglamentación por medio de la ley y los pueblos que piden, alucinados, una organización de la industria contraria á aquel orden natural. Ha señalado los límites de la intervención oficial restringiendo la esfera de sus atribuciones, sin rechazar en absoluto su cooperación, especialmente en los países incipientes.

Examinad la situación actual. Estamos en el siglo de los grandes movimientos económicos; siglo de las máquinas, de los ferrocarriles, de la electricidad; siglo de los cambios de productos y de ideas,

de las grandes exhibiciones ; siglo, en fin, de los obreros y de la sociabilidad. El hombre se encuentra hoy al frente de los más grandes problemas : la oferta y la demanda en escala no conocida y en formidables competencias, los salarios y las huelgas, la organización de gremios y de sectas poderosas, la emigración, el proteccionismo, la formación, en fin, de estos pueblos de Occidente. ¿ A dónde, decidme, están vueltas todas las miradas ? ¿ A quién se piden y de quién se esperan estas grandes soluciones ? ¿ No es, acaso, á la Economía Política ? Sabedlo bien : en las bancas de sus cátedras se sientan hoy todos los jefes de las naciones, y el mismo jefe del catolicismo, antes tan ascético y desconfiado de la libertad y del orden de la República, es ahora su propagandista y grande aplicador.

La Economía Política, por su parte, parece concentrarse más cada día en aquella sentencia justiciera : “ *A cada hombre según su capacidad, y á cada capacidad según sus obras,*” y en la máxima : “*laissez faire, laissez passer, ne gouvernez pas trop.*”

Desconfiad, señores, de esos hombres — especie de curanderos sociales, — que creen llevar en su cabeza todo un sistema social destinado á rectificar lo que ellos llaman errores fundamentales del tiempo, de la naturaleza y aun de Dios. La sociedad es un organismo vivo, inteligente, activo, que progresa y se desarrolla solo, en virtud de leyes que le son propias. Comprender esas leyes y respetarlas es la obra de la política, de la política buena, sana, bien intencionada ; de la política liberal que aparta la mano de los gobiernos, á diferencia de otras que piden siempre y en todo su intervención. ¿ Queréis para vosotros y para los demás, á modo de programa — de programa que os hará invencibles — una fórmula definitiva de esta política que yo llamo buena ? Tomad por divisa las palabras de Göethe : “ *VIVIR Y DEJAR VIVIR.*” Que los gobiernos se ocupen de la seguridad : los pueblos sabrán bien cómo emplear su libertad. — LIBERTAD ; hé ahí la gran palabra, la solución de todos los problemas políticos y económicos.

Hace algo más de cien años decía Mirabeau al sucesor de Federico el Grande : — “ *Digno de vos será no gobernar demasiado. . . . el príncipe que haya de pensar en si será mejor dejar andar sola la mayor parte de las cosas está por nacer y será él, sin embargo, quien*

gobernaré como Dios, por el ministerio de la razón y del interés de cada uno, limitándose á asegurar á todos el fruto de su inteligencia y de su trabajo..... La reglamentación exagerada es el rasgo característico de los espíritus pequeños, de los hombres incapaces de generalizar, alimentados de ideas tímidas, de aprensiones ridículas... gobernaréis tanto mejor que vuestros predecesores y que vuestros émulos cuanto menos gobernéis.”

Esto se decía en Prusia cuando el delirio de la reglamentación y la implacable codicia de los gobiernos tenían allí establecidos 412 monopolios y cuando el gran Federico que, por lo visto, admiraba bien el *Colbertismo*, prohibía la introducción de huevos de Saxe, diciendo con una altivez de que reiría bien su amigo Voltaire: “y qué! acaso no ponen huevo las gallinas de Prusia?”

Dicho esto, os recomiendo, señores, estudiéis nuestras tarifas de aduana. Allí comprenderéis cómo no es tan raro que en Prusia se prohibieran, hace un siglo, las trampas de ratón hechas en Brunswick, para mayor seguridad, sin duda, de los ratones nacionales, porque los prusianos no sabían hacerlas, cuando hoy, en el siglo de la publicidad y de las manufacturas, se gravan entre nosotros las máquinas extranjeras, el papel de imprenta, todas las materias primas etc., no pudiendo nosotros producirlas y siendo ellas una de nuestras primeras y más urgentes necesidades.

Si el gobierno obligara á nuestros soldados á comprar á un alto precio el fusil con que han de defender la patria, haría una cosa igual á la que hoy hace con los ciudadanos que sostienen la lucha industrial con el extranjero, obligándolos á pagar caro la máquina y la materia prima, que son las armas con que deben combatir por el progreso de su patria y sostenerlo.

Voy á concluir.

Pero antes permitidme, á riesgo de fatigar vuestra atención, desvanecer un cargo hecho á la ciencia cuyo estudio váis á emprender.

Se le acusa de materialismo, de insensibilidad para el pueblo, de ocupar al hombre en sólo sus intereses materiales.

Error, error, señores.

Una ciencia cuyo elemento esencial es la moral pública y privada, sin la cual la mayor parte de sus principios y reglas no tendrían aplicación, tiene derecho á ser mirada como una de aquellas que más favorecen el desarrollo social de los hombres. Ninguno de sus principios se halla en conflicto con las prescripciones de la moral, y su progreso no es sino el progreso de las ideas y de la educación pública. Para ella, un pueblo corrompido, como un pueblo despotizado (que casi siempre son una misma cosa), está fuera de las condiciones de la civilización económica; y ésta no se realiza, según la Economía Política, sino bajo el imperio de la libertad en todas sus formas legítimas. La moralidad de las costumbres, la moralidad de las leyes, la moralidad de los gobiernos son elementos de producción, porque ellos son orden, seguridad, justicia.

¿Ni cómo podría llamarse materialismo, sin perturbar las nociones del lenguaje, el hecho de buscar los principios que generan las causas de la producción? Tanto valdría acusar de materialismo á la Fisiología (la Economía Política es la fisiología social) ó á aquella noble filosofía, toda ella impregnada, por decirlo así, de espiritualismo, que busca á Dios en las condiciones de la vida y en las leyes mismas de la materia. El filósofo que interroga al universo en busca de la causa primera ó última, ya la llame Atomo, Mónade, Energía Suprema, ó simplemente Dios, ¿es un materialista?

“Cuán groseras parecen las metamorfosis del mundo material comparadas á las sublimes metamorfosis del pensamiento, dice Laugel en *Los problemas del alma*. Cómo todo es pobre comparado con nuestra riqueza espiritual y frío al lado de nuestros ardores. En algunos años, en algunos instantes devoramos todo: el infinito, la eternidad; poseemos mucho más que ese mundo visible, porque engendramos otros mundos, el de lo verdadero, el de lo justo, el de lo bello. Nuestro sueño es más grande que el presente, nuestro ideal más elevado que la realidad.”

Nosotros podemos contestarle: al lado de los sueños está la realidad indestructible, lógica, menos ardiente, es verdad, que el idealismo; pero por lo mismo menos insumisa al pensamiento. La realidad es un reino que poseemos y del cual surgen, como la fruta del árbol, las inspiraciones de lo bello en las artes y en las almas las

aspiraciones al infinito. La vida con todas sus armonías, la naturaleza con todos sus esplendores, son el prodigio de nuestra felicidad. La belleza real es la verdadera belleza. El sentimiento en sus realidades, que son el amor, la caridad y el sacrificio, forman también un mundo en donde la actividad del alma halla un objeto y reposo el pensamiento. Parafraseando otras palabras de este autor, podríamos agregar: la vida humana es también una perpetua creación, no de materia, pero sí de utilidad y valores; con el espíritu recomenzamos el mundo sorprendiendo sus leyes; recomenzamos el tiempo sumergiéndonos á nuestro gusto en sus más oscuras profundidades; recomenzamos la humanidad destruyendo su pasado y creándole un porvenir mejor.

El brazo del hombre no semeja el martillo ponderoso y ciego que deforma el hierro como argamasa: es como el ala de aquel ángel de la leyenda que al tocar los elementos del caos da á la materia vida, actividad y movimiento. ¿Qué es la industria humana sino la obra del brazo del hombre movido por todas las potencias de su espíritu?

Penetrad un poco más de lo común en el fondo de las acciones humanas. Cuando el hombre espera su alimento del surco que ha labrado, no aguarda otra cosa que el resultado de la combinación de las fuerzas de su espíritu con las fuerzas de la naturaleza. Cuando, seguro de sus obras, alza al Cielo su mirada y pide *el pan de cada día*, espera un acto de remuneración y de justicia. “No sólo de pan vive el hombre.”

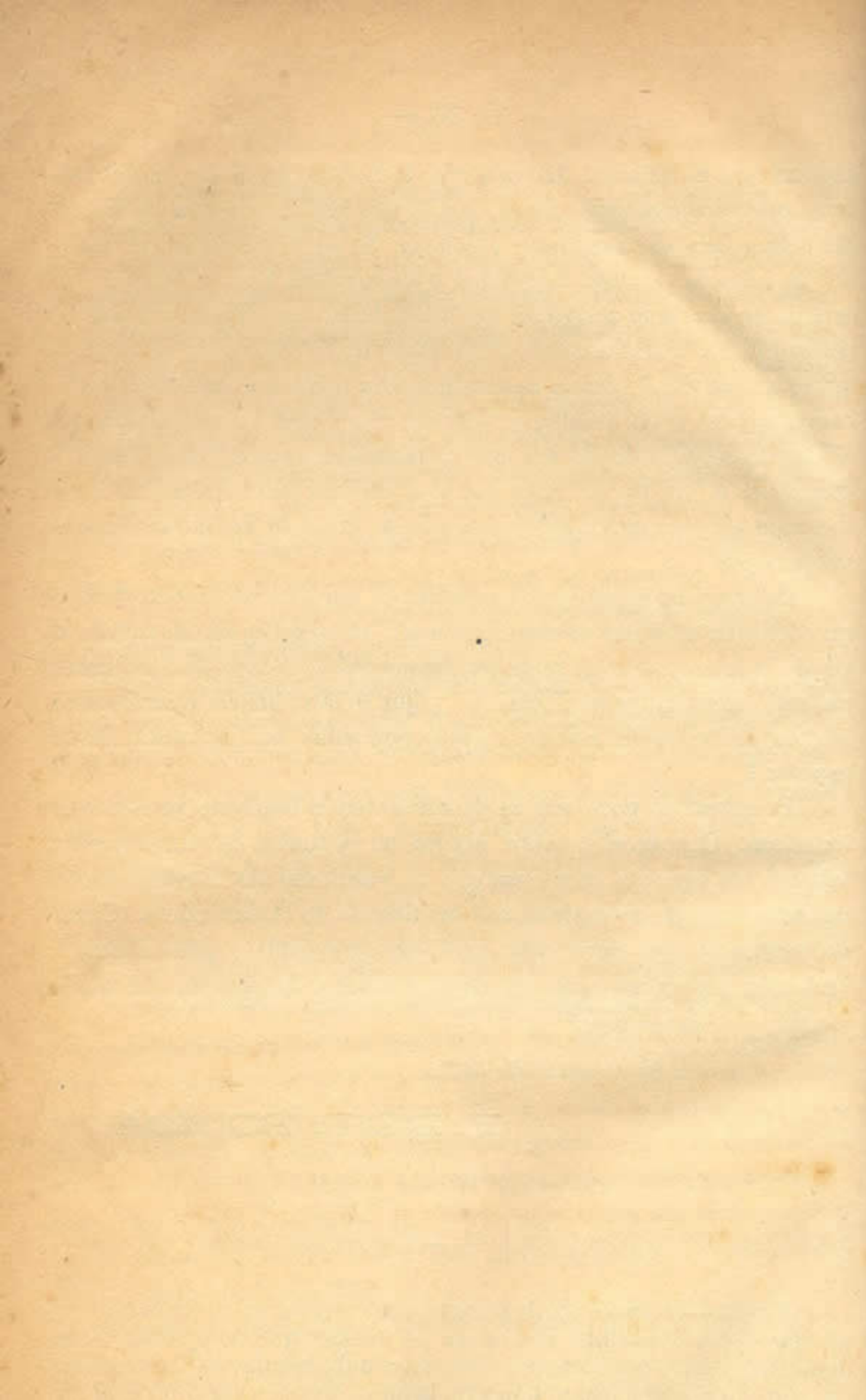
Bogotá, Septiembre de 1892.

F. DE P. BORDA.

(Leída el día 12 de Septiembre de 1892).

NOTA.—Después de leída esta conferencia, su autor creyó que en beneficio de la instrucción de los jóvenes que no oyeron ciertas explicaciones, y una vez que se le daba publicidad, debía introducirle algunos desarrollos, y así lo ha hecho. Estos desarrollos eran indispensables para la inteligencia cabal de las doctrinas.

Algunos días estudié acerca del orden de las probabilidades de la industria tan íntimamente unido al orden de las responsabilidades. Entre el hombre y Dios hay una vasta escala en donde se hallan todos los elementos de la justicia. Porque pide el hombre *el pan de cada día*.



ENRIQUE LLERAS,

ABOGADO.

BOGOTÁ

Parque de Santander, acera Sur, N.º 23.

Teléfono N.º 489.—Apartado N.º 325.

IMPRENTA DE LLERAS,

A LA CASA NÚMERO 740 de la carrera 7.ª (Camellón de las Nieves), contigua al antiguo Palacio de los Virreyes, ha sido trasladada la imprenta conocida antes como del *Diario de Cundinamarca*, y allí continuará al servicio del público, que puede estar seguro de contar con puntualidad, esmero y modicidad de precios en los trabajos con que se sirva ocuparla.

SE ENCARGA DE TODA CLASE DE OBRAS, como libros, periódicos, folletos, hojas sueltas, circulares, esqueletos de todas clases, tarjetas, etc., etc., para lo cual cuenta con todos los elementos necesarios y con magníficos empleados.

LA AGENCIA DE ESTA IMPRENTA, y la dirección del *Diario de Cundinamarca*, están situadas en el Parque de Santander, acera Sur, número 23, escritorio de Enrique Lleras & C.ª